

La inmigración, algunos elementos para su análisis

UBALDO MATÍNEZ VEIGA*

En la primera parte de este artículo se plantean algunas de las pautas necesarias para abordar teóricamente los procesos migratorios, como el carácter sistemático de tales procesos. Y se realiza una pequeña clasificación de los diversos tipos de emigración teniendo en cuenta los datos históricos.

Mientras, en la segunda parte se esboza uno de los problemas centrales en el estudio del fenómeno migratorio, y de las ciencias sociales en general, que es la opinión instantánea, sin tratar de calibrar y buscar algún apoyo a lo que se profiere. Para ello se trae a colación algunas observaciones y datos, en el ámbito migratorio, que parecen fiables y que tienen la característica fundamental de ir en contra de lo que parece obvio, como por ejemplo que la emigración a Europa antes de 1973 estaba determinada básicamente por las necesidades de la producción industrial.

I. Planteamiento general del análisis de la emigración

Frecuentemente se ha afirmado por parte de los políticos, e incluso se ha convertido un poco en un slogan, que España ha pasado de ser un país de emigración a una situación de inmigración. Por desgracia, bastantes científicos sociales se lo creen con la secreta esperanza de que, como se ha dado este «corte radical», sea más fácil estudiar la emigración en el presente. Sin embargo, es totalmente falsa esta postura, en cuanto que hay una gran continuidad en todos estos procesos, y, además, lo poco que se puede proponer de teoría sobre los procesos migratorios podrá obtenerse únicamente con un análisis

* Ubaldo Martínez Veiga es Catedrático de Antropología Social en la Universidad Autónoma de Madrid.

diacrónico. También es importante comprender el carácter sistemático del proceso migratorio y, cuando esto se tiene en cuenta, se comprende que esas discontinuidades o cortes históricos son difíciles de probar.

Por poner un ejemplo, en la segunda mitad de los años 60 (y antes) había, como todo el mundo conoce, una fuerte migración de españoles a Europa. A la vez que los trabajadores bercianos o de otras regiones abandonaban la península para trabajar en Francia o Bélgica, los trabajadores portugueses, primero, y caboverdianos, después, venían al Bierzo a trabajar en las minas. Por poner datos comparativos, en Grecia a principio de los 70 empiezan a llegar cantidades importantes de trabajadores norteafricanos, mientras que la emigración griega a Alemania, Estados Unidos o Australia era muy importante. En el mismo momento en que las dominicanas viene a trabajar a España, los haitianos van a trabajar en el café o azúcar a la República Dominicana. Los gambianos vienen a trabajar al Maresme, a Francia, Alemania o Nigeria y, a la vez, hay bastantes trabajadores estacionales que emigran a Gambia para trabajar en el cultivo del maní.

Todas estas observaciones indican que no es tan fácil hablar de un paso de una situación a otra, sino que hay continuidades importantes.

Si se observa un poco la historia se ve como los problemas no son nada fáciles, ni que tampoco se pueden establecer dicotomías simples. Hoy día hay muchos emigrantes españoles en Francia, pero a lo largo de la historia España fue un lugar de destino importante para los trabajadores franceses (Poirineau 1983, Moch 1992). En el siglo XVII, franceses de los Pirineos de la Auvernia y de otras partes de Francia, venían a trabajar en sistemas de migración temporal, circular e incluso en cadena. Antonie de Brunel en 1650 viaja a España y ve franceses por todas partes. Trabajaban como aguadores, albañiles, carpinteros. Unos venían cada año a la cosecha, y otros se casaban aquí y se quedaban. Cuando Brunel viene a España él calcula en 40.000 los franceses que están en Madrid, y 200.000 en España. En aquel momento España y Francia estaban en guerra, y los franceses ocultaban su origen para que no haya represalias. Eran «ilegales».

En 1775 había 40.000 gallegos que iban a Castilla o Andalucía y, a ellos, se unían franceses de los Pirineos o la Auvernia. De los Pirineos venían a Cataluña a recoger el grano, a la vendimia, y a veces encontraban trabajo en Barcelona o Marsella. En la segunda mitad del siglo XVIII se crea, en Chinchon, la «Societe Chinchon» que tiene su sede central en esta ciudad. Tiene 102 miembros y todos vienen de una zona cerca de Aurillac. En el momento de máximo esplendor esta sociedad, con un capital de millón y medio de libras, trabaja en lino, lana, botones, agujas, cintas, etc... Los franceses vendían sus mercancías como vendedores ambulantes en las ferias o en los comercios de la Compañía. Muchos de estos vendedores volvían a Francia, pero otros se quedaban aquí. Se trataba de una emigración esencialmente masculina.

Si del caso de los emigrantes franceses se pasa a un orden de actividades como el servicio doméstico, se encuentran continuidades curiosas. Este trabajo sigue siendo, en estos momentos, el más importante cuantitativamente de las mujeres en Europa y, a lo largo de la historia, juega un papel fundamental en la emigración de las mujeres, que son las primeras que trabajan fuera de su casa. Durante mucho tiempo este tipo de actividad era una rutina antes del matrimonio, en cuanto que las mujeres trabajaban en esto, en el campo o en la ciudad, para ayudar a sus familias u obtener algunos recursos para poder casarse.

Sin volver muy hacia atrás en el tiempo se puede ver que en el siglo XIX el 90 por 100 de los sirvientes en Berlín, San Petersburgo, París o Londres era mujeres emigrantes. Por ejemplo, en 1901 había en París 166.000 trabajadoras domésticas, de ellas 131.000 habían nacido fuera de la ciudad. El trabajo doméstico era, con frecuencia, una manera de entrar en la ciudad y poco a poco cambiar de trabajo: al textil, a la pequeña manufactura.

En el caso madrileño, en el siglo XIX trabajan en el servicio doméstico mujeres de fuera de la ciudad. Es el momento en que se puede hablar de una feminización masiva de este servicio. La contratación se llevaba a cabo a veces en un lugar público como la plaza de Santa Cruz, cerca de la plaza Mayor. Se trataba de algo bastante semejante a lo que ocurre más tarde con las dominicanas en la plaza de la Corona Boreal. En la plaza de Santa Cruz se vendían productos que era traídos de fuera de Madrid y se contrataban domésticas y nodrizas. Además de la contratación directa en la plaza, ésta también se llevaba a cabo a través de los comerciantes, las órdenes religiosas, los clérigos. Absolutamente, lo mismo que en este momento.

Teniendo en cuenta los datos históricos se puede establecer una tipología de la emigración (cfr. Ch. Tilly 1978). Hay un primer tipo de emigración que se puede designar como «local», que no suele ser a muy larga distancia. Lo más importante es que no se pierde el contacto con la casa de origen. Este tipo de emigración corresponde a las condiciones del mercado matrimonial, la búsqueda de nueva tierra o trabajo. Desde un punto de vista antropológico, se podía pensar que la organización matrimonial de tipo neolocal, es decir, aquella en la que la esposa y marido van a vivir a un lugar distinto del de los padres de ambos, aparece como uno de los fenómenos originarios dentro de la emigración.

El segundo tipo de emigración puede calificarse con el nombre de «circular», y con ello se designa el hecho de que la gente después de un intervalo de tiempo fuera, vuelve a su lugar de origen. Esto es lo que pasaba con los gallegos que iban a segar a Andalucía, pero también con los italianos que, en el siglo XIX, iban a recolectar el grano a Argentina y volvían todos los años a Italia, y la mayoría de los mexicanos que emigran a Estados Unidos.

El tercer tipo puede ser denominado como «emigración en cadena». Con ello se designa el fenómeno migratorio basado en las relaciones sociales con

gente en destino, que ayudan a los que llegan a encontrar casa o trabajo. Se piensa en algo así como una correa de transmisión, que ayuda a que determinada gente venga desde un área determinada a un lugar de destino. El ejemplo más visible sería el de las mujeres dominicanas que vienen desde Vicente Noble o Barahona a trabajar en Aravaca o Pozuelo.

El último tipo sería lo que se denomina como «emigración de carrera». Frecuentemente el maestro, el cardenal o el juez son emigrantes de carrera.

Los ejemplos señalados en páginas anteriores fuerzan a una consideración del proceso migratorio desde lo que se llama la ecología internacional, o, dicho de una manera menos pomposa, el carácter sistemático y global de los procesos migratorios. En contra de la frecuente tendencia a considerar la emigración dentro de unos límites nacionales concretos, hay que pensar que los fenómenos migratorios tienen un carácter global. Ya se trate de diversos sistemas migratorios en regiones amplias, como por ejemplo, la economía atlántica y el sistema migratorio del Atlántico Norte en el siglo pasado, o de cualquier otro conjunto de fenómenos, la consideración global de la emigración y su estudio a largo plazo es muy importante. Por poner un ejemplo: la emigración italiana a Estados Unidos hasta 1920 no tuvo como lugar de destino final los Estados Unidos sino Italia. La emigración de españoles a Europa durante los 60 y 70 no tuvo tampoco como destino final Europa sino la propia España, y al final hay que interpretarla como algo que forma parte de un fenómeno más amplio, que es la migración interna desde los pequeños núcleos a las grandes ciudades dentro del propio estado español.

Un problema central en esta consideración global es que no se pueden establecer compartimentos estancos que separen la emigración de personas y la circulación de capital. Brinley Thomas (1973), un gran historiador de la economía atlántica demuestra que la emigración de países como Inglaterra y otros de Europa del Norte a los Estados Unidos iba dirigida a explotar tierras con muy poca densidad de población, como las praderas, para conseguir algodón o trigo barato por medio del capital y trabajo europeo, y, a la vez, obtener mercados para los productos de la manufactura europea. La emigración de dos factores gemelos, el capital y el trabajo, era la clave, y los emigrantes esenciales para estas operaciones.

A veces, capital y trabajo van en la misma dirección como en el caso que se acaba de ver o, en otros casos, como el de la emigración a Madrid de los ejecutivos de grandes compañías francesas o alemanas. En otros casos, la situación es diferente y, capital y trabajo, circulan en sentido contrario.

Basándose en las ideas de Thomas, tanto Alejandro Portes como Saskia Sassen han subrayado que la emigración a Estados Unidos de algunos países latinoamericanos ha brotado del expansionismo latinoamericano, y esto vale tanto para la emigración mexicana como para la puertorriqueña o dominicana. El caso mexicano es curioso, porque los movimientos de personal de un lado a otro eran rutinarios antes de que fueran considerados migracio-

nes. Fue el expansionismo económico y militar norteamericano el que reestructuró la nación del sur y organiza poco a poco flujos de trabajo desde ella. Lo mismo habría que decir de Puerto Rico, cuya economía es reestructurada con una especie de escaparate de lo que los Estados Unidos podrían ser con respecto a América Latina o de la República Dominicana, en donde la emigración se dispara a raíz de la invasión de los marines en 1965 y de la penetración económica y militar que la acompañan.

No basta con analizar las macroestructuras de la emigración, sino que hay que tener en cuenta también las microestructuras. Hoy parece admitido por todo el mundo que en los procesos migratorios juegan un papel central las «redes de relaciones personales». Por explicarlo con un ejemplo simple, y en un contexto que no es el actual, en el siglo XIX en Europa cuando los parientes o conocidos se movían de un lugar a otro, de su pueblo a alguna ciudad de mercado, se establecían contactos con gente que hablaba el mismo lenguaje y tenía los mismos hábitos culinarios, religiosos u otros. La emigración ponía en contacto gentes de los pueblos y de las ciudades que formaban parte de la misma red de oportunidades y construcciones económicas, del mismo sistema de conocimientos compartidos y de lazos de parentesco que se ramifican. La idea de que el proceso migratorio tiene que ver con las redes de relaciones que se anudan entre el lugar de origen y destino no sólo implica que la emigración tiene un carácter sistemático, sino que se trata de un sistema construido socialmente y que se autoperpetua. Este sistema se expande, contrae o cambia según las circunstancias.

El hecho de que las redes tengan tanta importancia hace que el sistema migratorio:

- 1 sea muy selectivo desde el punto de vista del origen y del tipo de emigrante;
2. para emigrar se requiere o bien un cierto capital material, humano o social;
3. la emigración no es una decisión aislada, sino más bien de grupos de gente;
4. la emigración más que desarraigo, o desorganización trae consigo acción compartida y nuevos sistemas de organización.

Las redes migratorias dan un carácter sistemático al proceso migratorio, y traen consigo una visión un poco distinta de todo el proceso. En primer lugar, este tipo de análisis dirige la atención hacia los dos extremos de la emigración analizando los diversos lazos entre los dos lugares, así como lo que circula entre los dos polos migratorios y que es fundamentalmente gente, bienes y servicios e información. En segundo lugar, la emigración debe ser considerada como un proceso o un conjunto de acontecimientos con una secuencia temporal que dura en el tiempo. No se puede considerar como un fenómeno estático, como algo que se produce en un tiempo puntual, una especie de corte sincrónico en la diacronía.

El error básico de la concepción según la cual España había pasado de ser un país de emigración a otro de inmigración estribaba en considerar esto como un corte sincrónico, y no como un proceso de fenómenos que coexisten y de alguna manera están inserto los unos dentro de los otros.

II. Observaciones contra-intuitivas sobre las migraciones

En este apartado se quiere traer a colación algunos datos que parecen fiables y que tienen la característica fundamental de ir «en contra» de lo que parece obvio, de lo que le dicta a uno la intuición, o de lo que se piensa que realmente ocurre. Tanto en el tema de la inmigración como en otros problemas centrales de la ciencia social la opinión instantánea, sin tratar de calibrar y traer algún apoyo a lo que se profiere, suele ser la actitud más frecuente, y, por desgracia, no sólo entre eso que los intelectuales elitistas designan con el término de la gente normal, o pueblo llano.

De todas maneras, no se quiere hacer una lista de todas las observaciones y datos que van en contra de lo esperado, y por ello sólo se analizarán algunas.

Los primeros datos son tomados del famoso artículo de Myron Weiner sobre la emigración internacional y el tercer mundo (Weiner, 1987). La emigración de los llamados países en desarrollo a los llamados desarrollados «a lo sumo» constituye entre el 2 ó 3 por ciento del crecimiento anual de la población (Weiner, 1987:175). Esto indica que la emigración no es ninguna solución al problema del crecimiento demográfico de estos países. También aconseja abandonar las ideas, implícitamente insolidarias, de las inmensas masas de la población del llamado tercer mundo tratando de entrar a toda costa en los países más ricos. La idea de la emigración de extranjeros como una especie de diluvio o riada de gentes que no pueden ser paradas ha sido algo muy frecuente en la historia de la ideología sobre los procesos migratorios. Hay un estudio, fascinante, llevado a cabo en Alemania sobre esta exageración. Link (1984) analiza, magistralmente, como al final de los 70 la preocupación de algunos padres por el aumento de niños extranjeros en las escuelas alemanas y las dificultades que esto planteaba para el sistema escolar fue traducido por algunos representantes de la prensa como la preocupación por una invasión o una riada, o una especie de diluvio universal. Con la recesión de finales de los 70 y el aumento del desempleo, muchos padres alemanes empezaron a preocuparse por los problemas que el desempleo podía representar para sus hijos. En una situación como ésta la idea de la «riada» podía tener mucho éxito con consecuencias poco previsibles (Korte, 1987: 170).

Si se compara esta situación con lo que ocurrió en Europa en el siglo XIX y principios del XX se pueden obtener algunos resultados instructivos. En este periodo números demográficamente muy importantes de gente aban-

donaron el Reino Unido, Escandinavia, Italia y Europa Central y Oriental para instalarse en América del Norte y del Sur, y también en Australia y Nueva Zelanda. En este período se asentaron en los Estados Unidos de América más de cuarenta millones de inmigrantes. Mientras que la proporción de los que ahora emigran es totalmente insignificante desde un punto de vista demográfico, en 1915, entre un 6 y 7 por 100 de la población de estos países había emigrado, y nadie habla, sin embargo, de riada en aquellas épocas.

La emigración de los europeos tuvo un carácter libre, prácticamente sin ninguna traba, Alan Dowty (1987) afirma que este período representa la aproximación más cercana a un mundo abierto en los tiempos modernos. Con ello se quiere significar que se trata de un momento en el cual el movimiento entre unos países y otros no tiene prácticamente restricciones. Poder preguntarse de una manera general por las razones por las cuales se produce este fenómeno, y no cabe la menor duda de que en este movimiento sin trabas, como manifestaba Dowty, influyen las ideas de Adam Smith, del propio Malthus y de Frank Kright que afirmaban que la «movilidad perfecta» de las personas era la característica fundamental del mercado. Sin duda alguna, debido a estos influjos hacia 1820 se levantan en la mayor parte de los países europeos los controles legales, que impedían la salida de las poblaciones hacia otros países (Conlinson, 1993:33). Pero, no basta con comprender porque se levantan las barreras legales para que las poblaciones de los países emisores puedan emigrar, sino que es fundamental comprender las razones por las cuales estos emigrantes pueden entrar sin trabas en los países receptores. No se puede olvidar un dato central que explica gran parte de esta situación. Se trataba de un fenómeno migratorio que procedía de los lugares más desarrollados y poderosos de Europa hacia países, o bien colonias, menos poderosos y desarrollados. En los procesos migratorios entre países nunca puede ser olvidado el poder relativo de los mismos. La movilidad sin trabas y la constitución de un mundo abierto a la emigración, se basaba en el hecho de que *los países emisores de población eran los más poderosos.*

No basta con afirmar que de lo que se trata es de crear una economía de mercado en la cual lo fundamental sería la movilidad de las personas, sino que hay que tener siempre en cuenta el poder relativo de los países. Un ejemplo evidente es el caso de Alemania en este período. No es suficiente con tener en cuenta que ya en el siglo XIX el economista Frederick List propugnaba la emigración como una forma de colonización del imperio turco. Otros afirmaban que era conveniente la emigración a Grecia para apoyar al rey de origen bávaro. Pero quizás lo más importante es la constatación de que las autoridades alemanas pensaban que «una cantidad grande de sujetos indigentes constituye un peligro social y una carga para el erario público y que por lo tanto era mejor dejarlos partir» (Walker, 1964:16). Lo más curiosos es que en los países receptores se daban perfectamente cuenta de esto. El americano R. Mayo-Smith (1968:16) afirma en 1890 que «es repugnante la ansie-

dad de ciertos países por liberarse de la población sobrante y escapar de la obligación de soportar los pobres, los indigentes y depravados».

De todas maneras, si se sigue un poco con alguna otra observación que va contra lo esperado se puede responder a un planteamiento bastante frecuente, según el cual el crecimiento demográfico en los países en desarrollo lleva a emigraciones a gran escala. Como muy bien subraya Weiner (1987:176) «no hay evidencia de que las tasas de emigración y las de crecimiento de la población estén relacionadas». Si se toman algunos datos se puede comprender el problema y algunas de las observaciones hechas anteriormente. Argelia (2,5 por 100), Marruecos (2,8 por 100) y México con el (3,2 por 100) tienen un crecimiento poblacional que está por encima de la media de los países con un nivel de desarrollo parecido. Grecia y Portugal, cuando tenían tasas muy altas de emigración, han tenido un crecimiento demográfico por debajo del 1 por 100, y Turquía crece a un 2,5 por 100, lo cual está en la media de los países en desarrollo. Quizás un caso llamativo sea Colombia (un país en donde, en este momento, se está originando una corriente migratoria a España) que crece un 3 por 100 en los años sesenta y un 2,3 por 100 en los setenta y que, en esos momentos, la emigración va dirigida, básicamente, hacia Venezuela que es un país con un crecimiento demográfico del 3,3 por 100.

Todo este conjunto de datos muestran claramente que en conjunto no hay correlación entre crecimiento demográfico y tasas de emigración, en contra de lo que se suele pensar de la emigración como una especie de válvula de escape para el crecimiento de la población. Sin embargo, esta afirmación general no implica que no pueda darse algún caso en el que este fenómeno se produzca. Como ya se ha subrayado anteriormente hay algunos casos, como el de la emigración marroquí a España, en los cuales el crecimiento poblacional juega un papel muy importante.

Tampoco es evidente que las tasas bajas de crecimiento económico produzcan emigración «Las tasas medias de crecimiento económico per capita de muchos países con emigración alta no son menores y en muchos casos son más altas que la de los países a los que estas poblaciones emigran» (Weiner 1987:176). También se puede aducir algunos casos como el de México, donde el crecimiento económico per capita entre 1963 y 1980 era mayor que el de los Estados Unidos de América. Turquía, Grecia y Yugoslavia crecían más que Alemania, y Colombia más que Venezuela. Este conjunto de datos hacen que Weiner (*ibid*) proponga una conclusión que puede llamar la atención «La evidencia es totalmente convincente: la emigración económica a los Estados Unidos, a Europa Occidental y los países productores de petróleo está primariamente inducida por la demanda no por la oferta». Se trata de una conclusión de una importancia radical y que no ha sido suficientemente analizada, y en ese intento de pasar por alto este dato hay elementos ideológicos que juegan un papel fundamental, tanto en la mentalidad de los que gene-

ran las políticas migratorias, como entre la población nativa en general. Si se llevan a cabo las consecuencias de comprender que el proceso migratorio está determinado primariamente por un factor económico tan importante como la demanda de mano de obra en los países receptores, hay que pensar que son estos los que demandan, necesitan esta mano de obra sin la cual no podría funcionar la economía. Si esto es así, es necesario reconocer desde el primer momento unos derechos a esos trabajadores. En vez de este reconocimiento lo que se produce es una ideología que enmascara la situación y que presenta a estos inmigrantes como unos pobres, destituidos de todo derecho y de todos los recursos, con respecto a los cuales lo que hay que ejercer es la beneficencia.

Además, si esta observación se confirma, y se cree que esto es así, habría que pensar que algunas observaciones de J. Hollifield (1992:221) están plenamente justificadas. Hablando de las corrientes migratorias a Europa entre la mitad de los cincuenta y los setenta afirma que «las condiciones del mercado tuvieron un impacto mucho más grande en los niveles de emigración y empleo de extranjeros que las políticas estatales diseñadas para regular el stock y el flujo de los trabajadores extranjeros y sus familias». El caso de la emigración a Europa presenta además un fenómeno que no deja de llamar la atención, pero que parece generalizable: la influencia de las condiciones del mercado. La influencia de las condiciones del mercado en los procesos migratorios depende bastante del sector de actividad en el cual los emigrantes se van a emplear. Hollifield (1992:161) hace un análisis muy pormenorizado del impacto de las condiciones del mercado sobre la inmigración en diversos sectores de actividad, y la conclusión a la que llega para el caso francés es algo que se puede generalizar.

«Las condiciones del mercado parecen ejercer el mayor impacto en el sector minero en donde la bajada en la demanda de carbón reduce la demanda de trabajo, incluido el trabajo inmigrante. El segundo coeficiente más alto se da en el sector manufacturero lo cual confirma la hipótesis de que el uso del trabajo inmigrante en la industria es primariamente un factor coyuntural. El impacto menor de la variable de mercado se da, como era de esperar, en el sector de los servicios en donde la demanda de trabajo ha permanecido alta, aún cuando la demanda de trabajo en el conjunto de se economía baje».

Esta observación es bastante central y como se decía antes, es generalizable. El impacto de los ciclos económicos y del mercado se ejerce más fuertemente sobre la mano de obra inmigrante en el campo de la manufactura y de la minería, y, sin embargo, tanto los servicios como la agricultura parecen estar, hasta cierto punto, blindados con respecto a estas fluctuaciones. Con esto se quiere decir, que en estos campos de actividad el influjo de la expansión o contracción o crisis económica es menor que en los primeros. Esto tiene una importancia crucial para el caso español, en donde la afluencia de

mano de obra inmigrante va dirigida en gran medida al sector servicios y a la agricultura. Si la influencia que el mercado ejerce en estos sectores no es demasiado fuerte, de tal manera que la expansión o crisis económica ejerce un influjo menor, entonces se puede pensar que se producirán flujos migratorios para estas actividades independientemente de la coyuntura. En la teoría de Hollifield son los servicios y los trabajos de los emigrantes en ellos los que están más alejados de los influjos de la coyuntura económica. A esto se le puede añadir la agricultura y la razón de esto no es caprichosa, hay razones históricas para defender esto. Desde el principio de los años cincuenta, tanto en Francia como Alemania, son los agricultores los que más presionan a los gobernantes para que admitan a trabajadores extranjeros.

Este fenómeno se remonta a mucho más atrás en el tiempo, y en el caso francés es evidente pero, quizás, es menos conocido que lo mismo ocurrió en Alemania. En 1980 se empiezan a importar polacos para trabajar en dos actividades distintas, en la agricultura y las minas (Hammar, 1985:241). Los polacos venían a trabajar a las grandes fincas de Prusia y a las minas de Silesia. Lo que aquí se produjo fue un fenómeno muy curioso que algunos autores han designado con el término de «matrimonio del hierro y el centeno» (GershenKron, 1943). Los terratenientes o «Junkers» defendían la industrialización, especialmente el desarrollo de la industria del acero y naval, con la condición de que las políticas migratorias fueran de apertura a la mano de obra extranjera. Esta mano de obra extranjera sobre todo en la agricultura se consideraba estacional. Este carácter estacional se encontraba reforzado por la ley que impedía a los polacos tener residencia permanente en Alemania y, por esto, eran obligados a abandonar Prusia durante un período determinado cada año («Karenzeit»). Un fenómeno parecido ocurre después de la segunda guerra mundial. En el año 1955 el ministro de economía Ludwig Erhardt cede a las presiones de los agricultores, que protestaban por el aumento de los salarios de los trabajadores agrícolas, y preocupado por las consecuencias inflacionistas convenció a los sindicatos de trabajadores del campo de que se necesitaban trabajadores extranjeros. Esto se lleva a cabo aunque en Alemania la tasa de desempleo era del 5,1 por 100 en 1.955. Posteriormente, los agricultores alemanes van a luchar siempre por mantener las fronteras abiertas a los inmigrantes extranjeros que vengan a trabajar a la agricultura (Dohse, 1981).

En el caso francés ocurre algo parecido. Los agricultores, por la dificultad en atraer trabajadores nativos para la agricultura, presionan al gobierno para que admita trabajadores extranjeros. Este fenómeno continúa a lo largo de todos estos años. Desde los años 50 se han reclutado entre 100.000 y 150.000 trabajadores cada año. De acuerdo con los datos de SOPEMI (OECD, 1984:22) la cantidad de estos emigrantes era 101.857 en 1983. Dentro de ellos el 97 por 100 se empleaban en la agricultura, y el 83 por 100 venían de España.

Estos datos tienen importancia en cuanto que van en contra de la opinión según la cual la emigración a Europa antes de 1973 estaba determinada básicamente por las necesidades de la producción industrial. En la configuración de este proceso migratorio juega un papel central y constante tanto la producción agrícola, como los propios agricultores. Estos pedían un trabajo básicamente estacional y, por esta razón, se puede pensar que la idea muy extendida, en estos países centrales, de que todo el trabajo de los inmigrantes extranjeros tiene un carácter estacional o, al menos, limitado en el tiempo, tiene su origen en el hecho de que los datos observacionales se toman del trabajo agrícola. Esta constatación, con ser importante, no es la más importante.

Es más importante constatar que la emigración de extranjeros a la agricultura es el fenómeno más duradero dentro de las migraciones a estos países, y continúa aún después del freno que se ha dado a la emigración a partir de 1973 y 1974. Si a este dato se añade que esta inmigración se da aún cuando las tasas de desempleo de la población nativa son muy altas, se comprende perfectamente porque se decía que el trabajo agrícola es menos dependiente de las condiciones de mercado que otros trabajos. Se ha visto en concreto como en Alemania se introduce la emigración extranjera para la agricultura aunque la tasa de desempleo en 1.995 era muy alta para este país.

También hay que tener en cuenta, que, como ya se comprobó en el caso francés, la emigración a la agricultura mantiene a lo largo de un período de tiempo prolongado, más o menos, los mismos números, lo cual indica que es menos dependiente de la coyuntura.

Aunque se trata de una hipótesis, que hay que tratar de aplicar y someter a prueba en el caso español, puede ser una hipótesis bastante plausible, y que con los datos que se tienen en la mano es totalmente exacta en lo que respecta tanto a la agricultura como a los servicios.

Pero, de todas maneras, hay que profundizar más en este problema del mercado, y del mercado de trabajo en relación con otros mercados como, por ejemplo el de capitales. Es evidente que la emigración tiene mucho que ver con el mercado de mercancías o productos, pero no parece tan clara la conexión entre los procesos migratorios y el mercado de capitales. Hay investigadores que piensan que estos dos fenómenos no tienen absolutamente nada que ver el uno con el otro. Desde hace bastante tiempo se ha comprendido que este punto de vista es insostenible. En los años 20 Thomas Brinley (1973) publicó un libro sobre la emigración en la economía atlántica a principio del siglo XIX. En este estudio se afirma que el libre comercio crea un sistema en el cual están insertos Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos de América. Dentro de este sistema se da una circulación de trabajo y, a la vez, de capital, y estas dos circulaciones están profundamente unidas e implicadas. En este caso, el capital y el trabajo emigran en la misma dirección, pero se dan otros casos en los que la circulación es inversa. El trabajo circula en

una dirección y el capital en otra. Sea lo que sea, parece evidente que la circulación de trabajo y de capital no están nunca separadas, y lo que es importante es descubrir cual es la relación que los une. No se puede dar una fórmula general a partir de la cual se deduzca cual es esta relación en todos los casos, pero hay algunos elementos que son suficientes para llevar a cabo algunos análisis cuyos resultados van en contra de lo esperado.

En un importante artículo Saskia Sassen-Koob (1984) se plantea las causas por las cuales a partir de los 60 se da una afluencia masiva de inmigrantes a los Estados Unidos. Entre 1970 y 1980 la emigración que más creció fue la de algunos países del Caribe y del Asia Sur-Oriental. Lo que es llamativo es que la emigración tiene lugar en un momento en el cual se produce en los países emisores un fuerte crecimiento económico. En muchos de esos países el crecimiento del producto interior bruto estaba entre el 5 y el 9 por 100. Esto corresponde con la observación que antes se hacía de que la emigración no parece estar correlacionada con bajas tasas de crecimiento en los países emisores. En el mismo momento en que se producía este crecimiento importante en el producto interior bruto, también aumentaba mucho la inversión externa de los Estados Unidos que se quintuplicaba entre el año 1965 y el año 1980. Esta inversión obra en gran parte de los países del Caribe y del Asia Suboriental que precisamente eran los mayores emisores de emigrantes. La inversión americana en esas zonas, o la penetración del capital estadounidense en esas áreas, parece estar relacionada con la emigración. Como muy bien dice Saskia Sassen (1988:15) «los países que más emigrantes envían a los Estados Unidos en los últimos quince años son receptores de grandes inversiones extranjeras que van dirigidas a productos para la exportación. Esto parece ir en contra de una proposición central en la literatura sobre el desarrollo, en cuanto que si la inversión extranjera crea puestos de trabajo tendría que actuar como deterrente de la emigración».

Parece existir una correlación clara entre inversión extranjera en esos países del Caribe, como la República Dominicana, y en otros asiáticos, como Corea del Sur, y las altísimas tasas de emigración hacia el país inversor. Sassen es cauta en el momento de interpretar este fenómeno, en cuanto que afirma que no se trata realmente de que la inversión extranjera sea causa de la emigración, sino más bien de una estructura que crea unas determinadas condiciones para que la emigración se presente como una opción que está a la mano. En última instancia, lo que esta inversión extranjera crea es un sistema de relaciones mutuas inter-países, una especie de red de relaciones entre ellos, y un aspecto central de este sistema es la circulación de personas. Con ello se vuelve a la observación originaria de Brinley Thomas. De una manera general, habría que decir que la razón para que los movimientos migratorios se produzcan «tienen sus raíces en la historia de las relaciones políticas y económicas entre los países emisores y receptores. A través de esos procesos, se moldean contextos que hacen inteligibles los cálculos acerca de los

costos y beneficios de la emigración» (Portes, 1990:230). Pero estas consideraciones corren el peligro de ser tan generales y abstractas que si no se concretizan no se comprenden del todo. Por esta razón, parece conveniente mantenerse dentro del planteamiento mantenido hasta ahora, que es el de las inversiones o del flujo del capital y el de personas en sentido inverso. Lo que llama la atención es precisamente lo inesperado del fenómeno, en cuanto que lo que cabría esperar es, precisamente, lo contrario. Las inversiones extranjeras, especialmente en industrias dirigidas a la exportación, crean puestos de trabajo y, por lo tanto, parecería que constituyen un freno a la emigración y, sin embargo, es todo lo contrario lo que parece ocurrir. Según la hipótesis de Saskia Sassen, lo que ocurre se explica porque lo que esta inversión trae consigo es:

— En primer lugar, una destrucción de las estructuras tradicionales de trabajo y una incorporación de más miembros de la población al trabajo asalariado.

— En segundo lugar, esta inversión en plantas que producen para la exportación emplea una gran mayoría de mano de obra femenina. Los salarios suelen ser tan miserables que esto produce un acicate para la emigración.

— En última instancia, la presencia de estas inversiones crean lazos ideológicos y culturales entre el país emisor y receptor de emigrantes.

Aunque la explicación no es del todo satisfactoria, no hay muchas explicaciones mejores. Lo que sí parece comprobado es que la inversión extranjera en los países emisores de mano de obra es un acicate para la emigración.

Hasta ahora se ha hablado de la inversión extranjera, pero se puede plantear el problema de la ayuda económica de los países más ricos a los más pobres. Sin llegar a cometer ningún acto de cinismo se puede pensar que es posible distinguir entre inversión y ayuda. Desde este punto de vista, hay mucha gente que piensa que la única manera de frenar los flujos migratorios sería la ayuda económica masiva de los países más ricos a los más desfavorecidos. Lo que ocurre es que hay algunas experiencias que no parecen apoyar este punto de vista. Por citar uno de los mayores especialistas en este problema se puede traer a colación a R. Penninx (1986:965), según él, «hay que analizar las medidas dirigidas a estimular el desarrollo en países y regiones en donde se originen los emigrantes. Entre ellos se encuentran el programa bilateral entre los Países Bajos y Túnez y Turquía que acabó en 1976, la colaboración bilateral entre Suecia y Yugoslavia, y el programa alemán para apoyar en Turquía cooperativas de trabajadores». Lo que se descubre es que los presupuestos de estos programas consisten en pensar que el desarrollo en las regiones emisoras de emigrantes frenarán la emigración, e incluso favorecerán la vuelta de los emigrantes. En algunos casos, como el del programa turco-alemán, la emigración y, particularmente, el flujo de remesas y ahorro son usados como motor para el desarrollo regional. Hasta ahora las experiencias muestran que estos programas pueden tener mucho éxito en estimular el

desarrollo, pero no se puede mostrar ningún efecto directo en la disminución de la emigración o en aumentar el retorno de los emigrantes».

El análisis de Penninx, sobre los planes de ayuda de los países centrales de Europa a los países menos desarrollados, prueba suficientemente que estos planes no tienen ninguna incidencia en frenar la emigración. Las observaciones de Sassen sobre las inversiones, básicamente de América del Norte, en algunos países del Caribe y de Asia Sur oriental demuestran que, lejos de ser un factor de freno de los procesos migratorios, son un factor que moviliza y expulsa a la población de sus lugares de origen.

Estas observaciones tienen dos consecuencias importantes. En primer lugar, constatar que la ayuda a los países más pobres es cada vez más escasa y que debe aumentar continuamente, pero que esto no es ningún sistema para frenar los procesos migratorios. En segundo lugar, las inversiones de los países más poderosos económicamente producen aumento o comienzo de procesos migratorios, como muy bien afirma Sassen. De alguna manera habría que decir que lo que aquí se produce es básicamente un flujo de capital desde los países centrales a los periféricos, que lleva como consecuencia la creación o crecimiento de procesos migratorios. Según lo anteriormente visto, el flujo de inversiones y capitales trae consigo una movilización de la población en lugar de partida, y crea elementos ideológicos y culturales que favorecen la emigración. Sin embargo, el flujo de capitales forma una parte esencial de un sistema migratorio más amplio. Para explicar esto nada mejor que una tabla tomada de J. Fawcett (1989: 674).

Categorías de relaciones Tipos de relaciones	Relaciones Estado- Estado	Conexiones	Redes familiares y personales	Actividades Agencias migratorias
Relaciones tangibles	Flujos comerciales y financieros Ayuda Técnica	Difusión de los medios de comunicación	Flujos de remesa Comunicación de los emigrantes (cartas, etc.)	Reclutamiento Remesas Canalizadas oficialmente
Relaciones regulatorias	Políticas migratorias Políticas sobre trabajo temporal	Normas que rigen la emigración hacia fuera Aceptación social de los emigrantes	Obligaciones familiares Solidaridad de la comunidad	Reglas que rigen el proceso migratorio Contratos con los inmigrantes

Relaciones comparativas	Complementariedad de oferta y demanda de trabajo Dependencia económica	Semenzja cultural Comparabilidades Sistema de valores	Status relativo de los migrantes y no inmigrantes	Complementariedad de las agencias en países emisores y receptores
-------------------------	---	---	---	---

El modelo tomado no estipula relaciones funcionales entre unos elementos y otros y, por lo tanto, no es un modelo funcional. Desde este punto de vista, tiene un valor más heurístico que otra cosa. Sin embargo, es posible asignar pesos causales a algunos elementos importantes. Tendría que establecer una distinción entre los macroprocesos que dan lugar y acentúan los fenómenos migratorios y, en ellos, habría que incluir las relaciones de tipo político y económico entre los países emisores y receptores. Según Alejandro Portes (1990: 225) habría que hablar de «una presencia previa o iniciativa del país al cual estos flujos se dirigen». En el caso de los flujos migratorios del Caribe y Estados Unidos esto es claro; aunque no se puede asegurar que en todos los casos en los que se han producido fenómenos migratorios se haya dado esta iniciativa, en muchos casos este fenómeno ha estado presente y, dentro de estas iniciativas y contactos, el flujo de capitales juega un papel central.

Si de las macroestructuras de la emigración se pasa a las microestructuras es evidente que el elemento central son las redes de relaciones, de las que anteriormente se ha hablado abundantemente.

Como última observación inesperada comentar algunos datos oficiales sobre el eterno problema, aún sin dirimir de una manera general, de los emigrantes, o bien como generadores de empleo o como consumidores de empleo a costa de la población nativa. Como ya se ha insinuado antes, se trata de un problema que no se puede resolver en línea máxima, sino que hay que tener en cuenta las circunstancias concretas. Sin embargo, se va a traer a colación dos elementos resultantes de estudios más o menos patrocinados por dos gobiernos de países europeos con gran cantidad de inmigrantes, Alemania y Francia.

De acuerdo con un estudio reciente, llevado a cabo en Alemania (Ochel y Vogler, 1992), la llegada de 3.8 millones de emigrantes ha producido entre 1988 y 1991 un aumento del 3,5 por 100 del producto interior bruto, y creó 1 millón de puestos de trabajo adicionales. El dato sobre Francia es un poco anterior. Existe un informe de 1977, realizado por el gobierno, en donde se demuestra claramente que la repatriación masiva de los trabajadores extranjeros causaría grandes tasas de desempleo entre los propios trabajadores franceses. Esto contradice los puntos de vista de los que defendían que la repatriación masiva de trabajadores extranjeros traería un aumento de puestos de trabajo para los nativos (Martín y Miller, 1980:320 y Bussery, 1976).

De una manera general hay que afirmar que en momentos de recesión económica, frecuentemente, se impone la idea de que el trabajo es como una especie de magnitud finita y absolutamente inelástica, algo así como una especie de tarta con porciones limitadas, en donde si alguien obtiene un trabajo, o una parte de esa magnitud, se lo está quitando a algún otro. Esta es la típica idea del «bien limitado» que han estudiado ampliamente los antropólogos. Cuando este planteamiento se aplica al fenómeno del trabajo inmigrante se piensa que los trabajadores que vienen de fuera quitan trabajo a los nativos. Sobre todo en períodos en los que las tasas de desempleo son altas, se piensa que la irrupción de trabajadores inmigrantes aumentará la carencia de trabajo con respecto a los trabajadores nativos.

Los datos ofrecidos para Alemania y Francia en los estudios antes citados, en los cuales se demuestra que la presencia de trabajadores extranjeros crea un millón de nuevos puestos de trabajo, o que la marcha de trabajadores extranjeros lejos de dejar disponibles puestos de trabajo para los nativos, destruiría muchos puestos de trabajo, van en contra de este prejuicio. En el caso español, la marcha de trabajadores inmigrantes de la agricultura murciana o almeriense es evidente que produciría más desempleo entre la población nativa. Hay que decir que los puestos de trabajo no son como una especie de asiento en el teatro que cuando se abandona puede ser ocupado por otro. Es esta una idea muy extendida entre los ciudadanos, pero tiene su base en algunas ideas económicas presentes, hasta este momento, sin demasiado apoyo empírico. Como muy bien subraya Antonella Picchio (1992) el origen de estas ideas había que buscarlo en los economistas ingleses que defienden la teoría del «fondo salarial». Marx (1861-63: 670-672) explica este problema cuando dice que «aún cuando la magnitud de capital presente se toma como fija, la fuerza de trabajo, la ciencia y la tierra (...) incorporadas en él constituyen potencialidades elásticas del mismo que le dan dentro de ciertos límites un campo de acción independiente de su magnitud (...). Bentham Malthus James Mill, McCulloch y otros crean un dogma (...) según el cual presentan una porción del capital, el capital variable o convertible en fuerza de trabajo, como una magnitud fija. Con esto se entiende que la masa de medios de subsistencia (...) o el llamado fondo salarial es descrito míticamente como si constituyera una parte especial de la riqueza social separada del resto por barreras insuperables».

La transformación llevada a cabo por James Mill, McCulloch, Torrens y otros, dentro de la teoría económica, se comprende perfectamente si se tiene en cuenta que para Adam Smith «la relación entre población y recursos naturales estaba determinada históricamente y presentaba un carácter evolutivo (...) que termina en el estadio final del capitalismo comercial» (Picchio 1992:34). Para Ricardo, «la relación distributiva clave es la que se da entre la reproducción de una parte específica de la población, es decir la población trabajadora y productiva y una forma específica de producción, la de mer-

cancias» (ibíd). Los teóricos del fondo salarial reducen más el campo de mira. El conflicto o el problema de la distribución no se establece entre el hombre y los recursos naturales, como ocurría con Adam Smith, ni tampoco entre salario y provecho dentro del valor total, como en Ricardo, sino entre secciones de la población trabajadora dentro de un fondo determinado. Lo que se venía a defender con la teoría del «fondo salarial» era que el pago de los salarios por el trabajo consiste en un fondo distinto de la riqueza general que está destinado a pagar el trabajo. De acuerdo con esta doctrina «la única manera de aumentar los salarios consistía en reducir la cantidad de trabajadores» (Picchio 1992:90). Si, en vez de hablar de salarios, se habla de puestos de trabajo se piensa en un fondo fijo de puestos en donde la única posibilidad de aumentar o hacer accesibles puestos de trabajo es precisamente la disminución de la población. Este es un típico prejuicio Malthusiano que está presente en la ideología que antes se ha criticado.

Pero para criticar esto más adecuadamente se retomará algunas observaciones ulteriores. Desde este punto de vista, conviene tomar algunos datos de la historia de la emigración en Europa desde los 50 hasta 1973-1974. Con la salvedad de las inflexiones conocidas de todos, y que tuvieron lugar en la segunda mitad de los 60, este período puede ser calificado como un período de expansión económica inusitado. Tan es así, que Catherine Wihtol de Wenden (1991: 319) subraya muy bien que estos años se llamaron en Francia las Trente Glorieuses (1945-74) y «se caracterizaron por una despolitización y tecnificación de la cuestión de la inmigración que en Francia a partir de 1980 se convierte en un tema central dentro de la política francesa». Más adelante se analizará el paso muy llamativo de ese planteamiento técnico al planteamiento político, pero por ahora basta con subrayar que la bonanza y la expansión económica de aquel período se describe en Francia con el término de los 30 años gloriosos. Durante este período se plantea el problema del comportamiento económico de dos tipos de países, y ello puede servir para desmontar las bases de algo que se considera, en gran medida, un prejuicio.

En diversas obras, Jürgen B. Donges afirma que «las estrategias de sustitución de la importación aplicadas por la mayoría de los países en desarrollo, incluidos en ellos los de Europa del Sur, durante la mayoría del tiempo de la posguerra no sólo no produjeron el desarrollo que hubiera sido posible de otra manera, sino que además enfrió considerablemente la capacidad de la economía, particularmente en las nuevas industrias manufactureras, de absorber la mano de obra nativa que estaba disponible». Aunque la observación del gran economista alemán tiene un carácter excesivamente macroeconómico, no cabe duda que representa una descripción exacta de algunos hechos. Básicamente se pretende plantear lo que ocurre en los países centrales de Europa, sin entrar demasiado a considerar lo que pasaba en los del Sur. Lo que en los países como Alemania o Francia tiene lugar no parece muy

difícil de describir aunque las interpretaciones de lo descrito no coinciden mucho más con otras.

Basándose en las teorías del Premio Nobel Arthur Lewis (1954) sobre el desarrollo económico basado en una «abundancia ilimitada de trabajo», Ch. Kindleberger (1967) interpreta la situación europea a mitad de los 60 de la manera siguiente: el mayor problema con el que se enfrentan los países europeos centrales consistía en mantener tasas muy altas de crecimiento y evitar los efectos inflacionarios del pleno empleo o una limitación de crédito. La importación de trabajo era una solución, al menos parcial, al problema asociado a altas tasas de crecimiento y pleno empleo. Kindleberger subrayará que la clave de la recuperación económica en el caso europeo está en la inmigración y en el trabajo extranjero. Esta interpretación es, al menos, aceptable en cuanto que la oferta abundante de trabajo mantienen los salarios sin que se disparen las ganancias. Con ello, se crea un entorno favorable para la inversión, el aumento de la productividad, la baja inflación y un consumo que va aumentando. Hay un elemento importante que hay que tener en cuenta, no parece que la situación de pleno empleo sea una realidad. Al menos en Alemania este fenómeno no se daba. En 1955 cuando el ministro de economía Erhardt cede a las presiones de los agricultores y permite la llegada de trabajadores extranjeros, lo hace para frenar las posibles consecuencias inflacionarias del aumento de salarios, y no porque haya pleno empleo en Alemania en ese momento. El desempleo en ese momento está en Alemania en el 5,5 por 100, elevado para este país. Esta tasa de desempleo hace que algunos interlocutores cualificados especialmente el sindicato D.G.B. o Deutscher Gewerkschaftsbund se oponga en un principio a la llegada de los extranjeros, pero el miedo a no poder encontrar trabajadores para la agricultura vence las resistencias. En el periódico *Industriekurier* de octubre de 1955 se exponen las razones para la admisión de extranjeros (Herbert, 1986:196):

«— Las reservas de trabajo nativo pueden ser usadas si se movilizan de un lado para otro, esta movilidad está limitada por las casas disponibles, mientras que la mano de obra extranjera se puede alojar en barracas.

— La entrada masiva de mujeres en el mercado de trabajo no es deseable por razones de política familiar.

— La racionalización tecnológica topa con límites en el mercado de capitales.

— Una prolongación del tiempo de trabajo es imposible desde el punto de vista político.»

Es interesante comprender un poco algunas de estas razones que fueron publicadas en un periódico que representaba claramente los intereses de los empresarios.

La primera observación llama la atención en cuanto que, para resolver los problemas de falta de mano de obra, habría que cambiar de lugar a los trabajadores nativos, lo cual implicaría una búsqueda de vivienda. Desde este

punto de vista, es más barato importar trabajadores extranjeros que pueden ser alojados en barracas. Se trata de una constante en los procesos migratorios. Se puede decir lo mismo en este momento en España. En los trabajos agrícolas, con frecuencia, la diferencia entre los trabajadores españoles y extranjeros no está tanto en el salario, estrictamente dicho, sino en una casa más o menos decente que es ofrecida a los nativos y negada a los extranjeros. Una de las razones fundamentales para la importación de trabajadores extranjeros en Alemania es precisamente la poca movilidad de la mano de obra nativa y la «movilidad total» de los trabajadores extranjeros. Esta movilidad total implicaba que los trabajadores extranjeros podían ser enviados a los lugares donde fueran necesarios y obligados a permanecer en el sitio donde estaban, sin permitirles moverse para trabajar en otro sitio. Si se toma la ley de extranjeros de 1965 se encontrará algunos elementos que pueden llamar la atención. Según ella (Collinson, 1993: 95), no se da derecho de residencia ni siquiera para aquellas personas que han vivido en Alemania más de 10 años, en vez de ello, se afirma que se dará un permiso de residencia si no daña los intereses de la República Federal de Alemania. En esta ley se afirma que los extranjeros gozan de todos los derechos básicos, excepto el derecho de libertad de reunión, de libertad de asociación, libertad de movimiento, libre elección de ocupación y protección de la extradición. Llama un poco la atención como se puede afirmar que los extranjeros gozan de todos los derechos básicos cuando se exceptúan tantos. El origen de la mayoría de los recortes habría que buscarlo en la intención de frenar la libre movilidad de los trabajadores extranjeros y tratar de conseguir lo que los empresarios pretendían, que era precisamente la «movilidad total» de estos trabajadores, ser capaz de obligarlos a moverse de un trabajo a otro cuando era conveniente y, a permanecer en un sitio cuando era más oportuno. De aquí arranca la prohibición de moverse, de elegir trabajo, lugar de ocupación, lugar de educación. Esta idea de la «movilidad total» es una manifestación de algo muy importante en la política alemana con respecto a los trabajadores extranjeros, que consiste en reducir estos trabajadores a su estricta función económica. La política alemana ejemplifica perfectamente la paradoja propuesta por K. Polanyi (1957). Según él, no se comprende muy bien como un individuo puede ser una mercancía dentro del mercado y, a la vez, un actor en el juego político y que tiene derechos civiles, sociales y políticos. Esta tensión se encuentra presente en el texto de la ley antes citada. Por una parte, se afirma con carácter general que los extranjeros gozan de todos los derechos básicos y, posteriormente, se exceptúan muchos. Llama, entre ellos, la atención la negación del derecho a la movilidad residencial, laboral o educacional; y la razón fundamental está en que los extranjeros se convierten en mercancías para que puedan ser movilizadas espacial y laboralmente cuando sea necesario. En la contradicción o pugna entre el trabajador extranjero como productor de mercancías y sujeto de derechos prima la primera parte de la disyuntiva. Como muy bien dice

Collison (1993: 51), «la República Federal de Alemania era libre para practicar una política de inmigración cualificada, realmente una política de reclutamiento del trabajo que explícitamente intentaba no ser una política de inmigración». La ley de 1965 pretendía que el trabajo inmigrante fuera un recurso manejable para resolver problemas económicos: Alemania a mitad de los 60 representa un régimen laboral y político con respecto a los trabajadores extranjeros en el cual se convierten, o trata de convertirlos, en puros productores de mercancías. Más adelante se verá las consecuencias que esto tiene, pero de todas maneras, Alemania representa el polo, casi puro, de un planteamiento puro y estrictamente económico del problema de la inmigración.

La segunda observación tiene que ver con el sistema de bienestar social alemán. Desde la época de Bismarck las prestaciones están en Alemania canalizadas a través de las unidades domésticas. Como muy bien ha subrayado Gosta Esping Andersen esto representa un tipo de organización de estado de bienestar típico de Alemania, pero también trae consigo el no favorecimiento del trabajo femenino fuera de casa.

La tercera observación se refiere a los límites de la racionalización técnica. El problema que se plantea es la transformación tecnológica suficiente para una utilización menor de mano de obra. De todas maneras esto topa con dificultades de tipo financiero. A la larga se va a plantear frecuentemente, y bastante erróneamente, que la afluencia de inmigrantes en Alemania sirvió de impedimento para el desarrollo tecnológico en algunas industrias. Teniendo estos datos en cuenta, hay que pensar que la «importación» de mano de obra extranjera en Alemania se justifica en base a los peligros de inflación, que un aumento de los salarios de los nativos traería consigo. Por otra parte, hay que tener en cuenta que se admite la inmigración aunque no hay una situación de pleno empleo. Los motivos para ello son estrictamente económicos.

El caso francés presenta características un poco distintas. Se da un debate importante entre dos posturas diferentes. El demógrafo Alfred Sauvy y, el futuro ministro de asuntos exteriores, Robert Schumann defendían que era necesaria una emigración masiva para poder reconstruir el país después de la guerra. J. Monnet y la comisión de planificación, que él presidía, veían la emigración como una posibilidad. La alternativa perfectamente posible, desde un punto de vista estrictamente económico, consistía en aumentar la productividad de la economía francesa. Tiene éxito político la postura de los populacionistas liderados, desde el punto de vista teórico, por Sauvy. Es interesante detenerse un poco en los planteamientos que hacían y por ello se debe explicar.

Históricamente Francia se diferencia de Alemania en un elemento básico. Lo que tanto en Alemania como Inglaterra constituye la industrialización que se basa en un gran éxodo rural, en Francia no empieza a producirse hasta

el siglo XX. La razón está en la fuerza y persistencia de la agricultura a pequeña escala. Desde este punto de vista, hay autores que piensan que el capitalismo francés tiene que «inventar» una clase obrera importando trabajadores de fuera (Noiriel, 1986). Esto trae consigo que la llegada de trabajadores extranjeros, después de la Segunda Guerra Mundial, no representase ninguna novedad en el caso de Francia.

A este conjunto de fenómenos hay que añadir el influjo de los populacionistas. Los populacionistas estaban en un principio dirigidos por el demógrafo Sauvy y el médico Robert Debré, padre de un futuro primer ministro en épocas de Gaulle. Los populacionistas habían estado asociados con una organización pronatalista que se llamaba «Alliance Nationale pour l'Accroissement de la Population Française». El pronatalismo francés estuvo muy unido a Petain durante la guerra, y tuvo mucho eco, también, entre los «gaullistas» después de la guerra. Estos grupos defendían que se daba un peligro muy grande en el declive de la población francesa y que había que promover o tratar de promover el aumento de la tasa de natalidad (Teitelbaum y Winter, 1985). Dentro de un ambiente como este se comprende perfectamente el planteamiento de los populacionistas, que afirmaban que la inmigración era la solución al perenne problema demográfico de las tasas bajas de fertilidad y el poco crecimiento demográfico (Debre y Sauvy, 1946). La llegada de mano de obra extranjera se consideraba como una substitución de la mano de obra francesa que no crecía lo suficiente. La importación de trabajadores extranjeros se hizo en base a las previsiones del poco crecimiento de la población francesa y en la dificultad por parte de la industria para atraer, desde la agricultura, la suficiente mano de obra, para llegar a un crecimiento sostenido. Debido al diagnóstico que se hacía de la falta de crecimiento demográfico, como un fenómeno endémico y de larga duración en Francia, los populacionistas empujan hacia una emigración «permanente» de extranjeros a Francia. Aquí se produce una de las divergencias mayores entre la política francesa y alemana. En Alemania nunca se pensaba en una emigración permanente, mientras que en Francia siempre se pensó en ello.

En este último país los populacionistas presionan para que se favorezca la inmigración de los italianos porque son católicos y cercanos étnicamente, y culturalmente compatibles, con la población francesa. Esto muestra claramente que el intento era claramente asimilacionista, y que se consideraba la emigración como un fenómeno que daba permanencia a los que venían. Incluso se pensó en un momento en cambiar los nombres de los inmigrantes extranjeros y darles nombres franceses. Se pensaba también en el asentamiento permanente de familias enteras.

Esta preferencia por los italianos es un fenómeno bastante curioso y poco estudiado porque en este período de la posguerra existen en Europa, lo que se puede denominar con un término irreverente, como una especie de puja por la mano de obra italiana. Los países en cuestión eran Francia, Alemania,

Suiza y Bélgica. En el caso francés, como se veía, se pensaba que los italianos eran más asimilables, y en un primer momento se pensó en los españoles, portugueses, norteafricanos y poblaciones del África Subsahariana, como menos asimilables. Por razones de debilidad de la moneda después de la guerra y otras (Therborn, 1987) el mercado de trabajo francés no era muy atractivo para los italianos. Por ello el gobierno francés tuvo que recurrir en un primer momento a otra mano de obra, portuguesa, española, norteafricana, etc.

El gobierno belga también trataba de atraer trabajadores italianos y llega a un acuerdo con el gobierno italiano para el reclutamiento de trabajadores y, a cambio, le ofrece 3 millones de toneladas de carbón (Stengers, 1983: 312). El mismo fenómeno tiene lugar en Suiza, en donde se trata de revivir una política de reclutamiento especialmente de italianos. Se dice «revivir» porque este era el régimen previo a la primera guerra mundial. Alemania recurre a los mismos grupos de población, y en 1955 se lleva a cabo un acuerdo con Italia, seguido de acuerdos con Grecia, España, Turquía y otros.

Se puede deducir algunas consecuencias importantes de esta «puja» por mano de obra italiana en Europa. En primer lugar, es claro que los gobiernos no eran indiferentes ni al color ni a la etnicidad de los inmigrantes, tratan de elegir entre ellos. Por mucho que se trate de convertir la mano de obra en mercancías estas distinciones son básicas. En segundo lugar, hay que decir que a partir de la segunda guerra mundial se constituye en Europa un mercado internacional de la inmigración, que es previo a la constitución de la Comunidad. En este mercado los gobiernos compiten por una mano de obra determinada, al igual que lo hacen los empresarios. Los trabajadores, con un poder mucho menor y unas cortapisas enormes, presentan una reducida capacidad de maniobra. En una obra en donde se lleva a cabo un análisis comparativo de la emigración a Australia, Canadá y Estados Unidos, George Borjas (1988: 5) introduce esta idea y afirma que «la existencia de un mercado de la inmigración sugiere que la distribución de la población extranjera entre los diversos países no es algo aleatorio. Esta distribución no aleatoria plantea importantes problemas acerca de los fenómenos de autoselección que se generan por las decisiones migratorias endógenas de los individuos». Aunque Borjas insiste únicamente en una parte de ese mercado de la emigración, los propios emigrantes que toman decisiones, hay otros elementos fundamentales que forman parte de este mercado. En primer lugar, los gobiernos son centrales y tienen sus «preferencias» que se manifiestan en los acuerdos, leyes, etc. Son muy importantes los empleadores, los sindicatos y otros agentes sociales. Si se amplía un poco la observación de Borjas no es porque no se crea que los propios inmigrantes no sean actores en un mercado de la emigración. En el caso de los marroquíes en España y de otros colectivos, esto es más que evidente. Existe un prejuicio por parte de personas y agencias, a veces bien intencionadas, de considerar a los inmigrantes como

una especie de mercancía a merced de la opresión estatal y de los empleadores. Se trata de algo que no responde a la realidad ni merece siquiera una crítica. Los inmigrantes dentro de las constricciones son actores y electores activos, que reaccionan y deben reaccionar con respecto a las limitaciones, ventajas o problemas.

Si los inmigrantes eligen y optan, también los gobiernos y empleadores discriminan entre unos grupos u otros. No se conoce ningún gobierno que haya tenido en ningún momento una política migratoria abierta a la humanidad en su conjunto. Lo más parecido a esto ha sido la actuación de algunos sindicatos y partidos políticos que tienen un carácter internacionalista. Es paradigmático el caso del partido comunista francés que tuvo un papel central en la integración de los inmigrantes europeos en periodos tan dispares como los años veinte, treinta o después de la segunda guerra mundial. En esta integración y acogida juega un papel fundamental el internacionalismo y la idea de la solidaridad de los trabajadores. Esto tiene menos éxito en los años setenta y ochenta con trabajadores del norte de África en donde juega un papel fundamental, además de la solidaridad de clase, el reconocimiento étnico. En el caso español sería muy importante analizar, desde este punto de vista la integración, en pleno franquismo, los trabajadores portugueses y caboverdianos en zonas como el Bierzo o Asturias. En este fenómeno de integración, bastante aceptable para la época, juegan un papel importante los sindicatos Comisiones Obreras y U.G.T. que tenían mucha importancia en esa zona y que favorecen, desde el principio, esta integración.

De todas maneras, dentro del fenómeno de este mercado internacional de la emigración que se crea en Europa, después de la segunda guerra mundial, quizás lo más digno de ser subrayado sea esa competición por trabajadores que se produce entre algunos países europeos. Como muy bien dice Hollifield (1992: 55) «la estrategia francesa de reclutar poblaciones del Sur de Europa que fueran compatibles étnica y culturalmente trae como resultado que el estado francés y los empleadores tengan que competir con los suizos y eventualmente con los alemanes por el trabajo italiano».

Siguiendo con el caso francés que era el que se estaba analizando, las presiones de los populacionistas llevan a que el plan Monnet haga una estimación de que se van a requerir 430.000 inmigrantes entre 1946 y 1947 (Documents Relatifs a la Premiere Session du Conseil du Plan 16-19, Mars 1946). Tanto algunos expertos como empleadores consideraban estas cifras como algo muy exagerado, pero los planificadores estatales sirvieron de acicate para que se plantease, tanto el crecimiento económico, como el de la inmigración, como un fenómeno a gran escala. Entre 1946 y 1955 la mayoría de los inmigrantes fueron empleados en la minería y en la construcción, mientras que sólo el 10 por 100 se empleaba en actividades de tipo manufacturero. A partir de 1957 y de la creación de la Comunidad Económica Europea se produce un crecimiento muy fuerte de la economía y un cambio masivo de la, conti-

nuamente creciente, población emigrante que va a ocuparse más y más en la manufactura.

Desde 1958 a 1967 se produce una fuerte expansión de la economía y gobiernos «gaullistas» que van a favorecer la inmigración masiva de trabajadores. Dentro de estos gobiernos tiene especial relevancia el gobierno Debré (el hijo del Doctor Debré), que tenía una tendencia estrictamente pronatalista, y que defendía la llegada de trabajadores de Italia, España y Portugal.

A partir de 1968 se produce algo así como una segunda fase en la industrialización francesa. A raíz de los acontecimientos de mayo se llega a los acuerdos de Grenelle, que fueron negociados por el Primer Ministro Pompidou, y en ellos se llega a un acuerdo entre empleadores y sindicatos. En estos acuerdos no entra para nada el problema de la inmigración, sin embargo la fuerte subida de salarios que se produce a raíz de estos acuerdos es obviada por algunos empleadores en base a la utilización de trabajadores extranjeros. En estos momentos, es cuando se manifiesta más claramente la preferencia de los empleadores por la mano de obra extranjera. A partir de los acuerdos de Grenelle se produce un aumento importante de los salarios. Este crecimiento trae consigo un aumento importante en el consumo que no tiene consecuencias de tipo inflacionista, porque aumentan fuertemente las exportaciones. Durante este período y hasta 1973 aumenta el empleo de los emigrantes en la manufactura y se produce un salto fortísimo en el empleo de emigrantes en los servicios.

A partir de 1973-74 se frena por parte de los gobiernos europeos la inmigración masiva. Durante todo este período la contribución de los inmigrantes es la base del crecimiento económico, sin ellos este fenómeno sería impensable. Desde este punto de vista, las posturas de Kindleberger son absolutamente exactas. De todas maneras, seguidamente, se harán algunas observaciones, tanto sobre el caso francés como alemán, que pueden parecer llamativas, pero que van a ayudar a comprender el problema en su conjunto.

Francia tiene una tradición de inmigración masiva de más larga duración que Alemania. En 1881 la cantidad de extranjeros era de un millón y la proporción de extranjeros en la población total era en 1931 del 17 por 100, exactamente lo mismo que en 1982. Antes de la segunda guerra mundial la inmigración tenía su fundamento en la falta de migración del campo a la ciudad dentro del propio país. Este fenómeno, unido a las decrecientes tasas de fertilidad, trae como resultado que en el caso francés parezca obvio que la consideración de los aspectos demográficos tenga más vigencia que otro tipo de argumentación. Esta parece ser la razón por la cual los populacionistas, con Sauvy a la cabeza, tenían tanto éxito. Ellos van a insistir en la necesidad de importar mano de obra extranjera para compensar la disminución de la fuerza de trabajo, y ayudar a la recuperación y crecimiento de la población nativa.

De todas maneras, es importante subrayar de nuevo que, en estos primeros momentos, la población cuya migración se trataba de favorecer era la ita-

liana porque eran católicos y se «parecían» a los franceses. Posteriormente, como se ha visto, la situación cambia, porque se produce esa competición fuerte por los posibles inmigrantes italianos. Aquí es importante subrayar que esta preferencia por los italianos inicia un fenómeno que va a tener mucha importancia en las políticas migratorias y en la «ideología francesa» sobre los procesos migratorios, que G. Verbunt (1985: 146) designa con los términos de «buenos» y «malos» inmigrantes. La idea de que los emigrantes tenían que ayudar a aumentar la «escasa» población francesa, implicaba en la mentalidad de los populacionistas que «los intereses demográficos exigían la asimilación de algunos inmigrantes, mientras que la paz social pedía la exclusión de otros». En un principio, los italianos eran los primeros y los segundos el resto de europeos del sur y norteafricanos. Poco a poco el resto de los europeos fueron ocupando la posición de los asimilables, mientras que los norteafricanos siempre se han mantenido en la otra posición. Esta ideología tuvo su esplendor en los años ochenta, durante el mandato de Giscard d'Estaing. De todas maneras, por esas ironías de la existencia, las previsiones de los populacionistas se revelaron como bastante falsas y «la inmigración posterior a 1945 se produce junto a tasas de rápido crecimiento demográfico. Especialmente desde 1950 hasta 1970 Francia cambió radicalmente su comportamiento demográfico y crecía mucho más que la mayoría de sus vecinos» (Ogden, 1991: 297). Esta observación fuerza a considerar el populacionismo y su consideración demográfica de los problemas de la emigración como un fenómeno ideológico.

De una manera general se puede decir que la evidencia sobre el influjo que los factores demográficos puedan tener sobre las políticas migratorias es hasta este momento confusa. Como elemento comparativo se trae a colación lo que ocurre con la «Immigration Reform and Control Act» (IRCA) que fue promulgada en 1986 en los Estados Unidos, y que representó un tipo de legislación bastante restrictiva con respecto a la llegada de inmigrantes. Hay muchos análisis sobre la observación que se va a hacer pero se tomará por su claridad la que ofrece Jorge Bustamante (1990: 214):

«Es paradójico dice que se haya impuesto una legislación tan restrictiva como el IRCA en el mismo año en que, a causa de los cambios en el sistema demográfico americano, aumenta la demanda de trabajo extranjero. En el año 1986, el mismo año en que se promulgó el IRCA se produce un cambio importante en la dinámica de la población trabajadora de los Estados Unidos, y se inicia una gran disminución de la entrada de trabajadores jóvenes en el mercado de trabajo. El departamento de Trabajo estima que para el año 2.000 habría una disminución del 6 por 100 en el porcentaje de jóvenes de 16 a 24 años que entran en el mercado de trabajo, y una disminución del 15 por 100 entre los que están en el grupo de edad de 24 a 34 años (...). Las ocupaciones para las que va a haber más demanda entre 1986 y el año 2.000 son: camareros, vendedores, limpiadores de casas, oficinas o centros públicos, coci-

neros y guardias de seguridad. Estas son las ocupaciones en las que trabajan más de la mitad de los trabajadores indocumentados (...). A no ser que en los años próximos se descubran nuevas tecnologías que permitan llevar a cabo trabajos de una manera menos costosa, igual que el realizado por los trabajadores indocumentados, la economía americana va a sufrir un *parón*. Este *parón* puede evitarse únicamente importando la mano de obra extranjera necesaria para llenar los huecos creados por el envejecimiento de la población trabajadora americana».

Como muestra la observación de Bustamante no parece que las consideraciones de tipo demográfico hayan tenido una gran incidencia en la promulgación del IRCA. A ello hay que añadir que tampoco se puede decir que las observaciones demográficas de los populacionistas, que han ejercido un gran influjo en la política migratoria francesa, se hayan correspondido claramente con lo que de hecho realmente ocurría.

Si se tuviera que resumir lo que, desde un punto de vista económico, ocurre en Europa y, en concreto, en Alemania y Francia es que la llegada de los inmigrantes extranjeros es quizás el motor fundamental en el crecimiento económico y en la creación de empleo. Desde este punto de vista, la idea de Kindleberger, según la cual se cumplen en Europa las observaciones de A.Lewis acerca del crecimiento con recursos ilimitados de trabajo, parece absolutamente acertada.

La causa central del desarrollo económico en este período es la importación masiva de mano de obra extranjera. En una situación como esta, es bastante absurdo plantear el problema de la competición entre trabajadores nativos y extranjeros, aunque, como se ha visto, no se de frecuentemente pleno empleo entre los trabajadores nativos. Hay, sin embargo, algunos problemas con esta consideración que se ha defendido. Hay autores como K.W. Schatz (1974: 202-217) que afirman que la mayor elasticidad del trabajo puede posponer cambios estructurales en la economía, llevar a una aglomeración excesiva de actividades, contribuir a una expansión excesiva del sector terciario convencional (especialmente, el sector público) y detener el crecimiento de la renta per capita como ocurrió en Alemania en los años sesenta, que fue cuando hubo una afluencia masiva de trabajadores extranjeros.

Las observaciones de Schatz no parecen tener gran fundamento empírico. Un estudio llevado a cabo en 1973, en el Sur de Alemania, demuestra todo lo contrario de lo que se acaba de afirmar. En primer lugar, las empresas que emplean inmigrantes introducen innovaciones tecnológicas más frecuentemente que las que no los emplean. En segundo lugar, las inversiones que iban dirigidas a la reducción del trabajo eran más frecuentes en las empresas en las que habían inmigrantes. La última observación contrasta todavía más con las consideraciones de Schatz, ya que en este estudio se muestra que cuanto mayor es la participación de los inmigrantes en la fuerza de trabajo, mayor es el carácter innovador de la empresa. (Böllinger y Huber, 1974).

El modelo ofrecido por Kindleberger, al cual se ha aludido antes, presenta una visión bastante exacta de los asuntos, en cuanto que se refiere al período previo a 1973-1974, en donde el crecimiento de la economía era enorme. A partir de los primeros años de la década de los setenta, cuando empieza una cierta situación de crisis económica, los trabajadores extranjeros comienzan a ser considerados como la causa del aumento del desempleo. Esta observación plantea un problema, ya que parece que en los períodos de recesión económica los efectos beneficiosos de la inmigración desaparecen, los trabajadores extranjeros serían causa del desempleo entre la población nativa. Hollifield (1992:104) afirma que la idea «de que la inmigración causa el desempleo muestra una falta de conocimiento de la historia económica y de la contribución total de los inmigrantes al crecimiento económico de Occidente. Sin embargo, fue relativamente fácil para los políticos acusar a la inmigración como un medio de desviar la atención de la recesión económica». Se está totalmente de acuerdo con la teoría propuesta, sin embargo, parece conveniente tratar de afrontar el problema de un modo directo y plantear la cuestión general acerca de la inmigración como causa del desempleo entre la población activa. Como es obvio esta cuestión no se plantea únicamente en los períodos de crecimiento económico, sino también en otros períodos de recesión. Planteado el problema en unos términos tan generales puede resultar totalmente insoluble, y su planteamiento puede convertirse en una especie de muestra de la inconsciencia del que lo hace. Sin embargo, parece conveniente resumir un poco los datos generales para poder tener una idea de lo que ocurre.

En 1991, G.Borjas publica un artículo bastante llamativo en donde se llega al resultado siguiente: «los inmigrantes no tienen un gran impacto ni en los salarios, ni en el nivel de empleo de los nativos dentro del mercado de trabajo de los Estados Unidos» (Borjas, 1991).

Para comprender esta afirmación tan rotunda habría que tener en cuenta algunos presupuestos previos. Aunque no se esté muy convencido de que la conclusión general, acerca del poco impacto del trabajo de los inmigrantes en el empleo de los nativos, se puede compartir y estar absolutamente convencido de algunos presupuestos de los que Borjas parte, y además las críticas que él hace a algunas observaciones que pueden parecer de sentido común son absolutamente exactas.

El primer error consiste en pensar que el número de empleos en el mercado de trabajo es algo fijo. Esta idea es totalmente falsa, y basta con comprender, a un nivel muy simple, los procesos de demanda de bienes y servicios que trae consigo el crecimiento demográfico o el propio fenómeno migratorio, para entender como esto, por sí mismo, al crear demanda crea o puede crear posibilidades nuevas de trabajo.

En segundo lugar, la idea muy extendida según la cual la llegada de los inmigrantes desplaza a los nativos de sus puestos de trabajo es falsa, porque

parte de la presuposición de que los inmigrantes y nativos son perfectamente intercambiables en el mercado de trabajo. El pensar que inmigrantes y nativos son sustitutos perfectos en la producción ha sido interpretado frecuentemente desde el punto de vista del entrenamiento de los trabajadores, de sus habilidades y capacidades. En este sentido, es bastante conocido el trabajo de B. y C. Chiswiche (1985) en donde se afirma que los nativos tienen un mejor conocimiento del país y tienen habilidades adaptadas a él, mientras que los inmigrantes tienen mayor interés, más espíritu de trabajo e inventiva. Como se puede observar esto es tan general y tan pobre que no significa gran cosa. Los inmigrantes y los nativos, de hecho, están insertos en procesos diferentes de integración en el mercado de trabajo y movilidad dentro del mismo. Por esta razón, pensar en una sustitución uno a uno de los trabajadores nativos por inmigrantes o viceversa, es bastante simplista. En todo proceso de ocupación de un puesto de trabajo hay siempre un aspecto de «creación» de la propia ocupación y, por ello, es muy difícil hablar de sustitución. En un estudio muy completo sobre los problemas de la competición en el mercado de trabajo entre inmigrantes y nativos, T. Bailey (1987: 150) dice que «las diferencias entre inmigrantes y nativos se basaba en procesos que son esencialmente dinámicos y, por lo tanto, el conocimiento de la interacción entre estos grupos es incompleto, o incluso falso, si uno se basa en conceptos tales como entrenamiento u ocupación actual. Desde este punto de vista, dos personas sin cualificar que se dedican a fregar platos y los que se producen entre los inmigrantes que tienen la misma ocupación», pueden tener papeles muy diversos en el mercado.

Teniendo esto en cuenta, es posible pensar y de hecho este fenómeno ocurre con frecuencia, que los dos grupos (los inmigrantes y nativos) sean complementos en la producción y, por esta razón, el aumento en mano de obra inmigrante aumente a su vez la productividad de los propios trabajadores nativos. Se pueden poner bastantes ejemplos de este fenómeno y, por lo tanto, parece absurdo partir del presupuesto apriorístico de que los inmigrantes quitan uno a uno los trabajos de los nativos.

Aún en el caso en que se demuestre que a cierto nivel los inmigrantes y nativos sean sustitutos en la producción «puede ser que sean sustitutos de cierto tipo de grupo de nativos pero complementos en la producción de otros. En otras palabras, son posibles varias combinaciones de complementariedad y sustituibilidad entre los muchos grupos de inmigrantes y nativos, y únicamente un análisis sistemático de los datos puede determinar el impacto que tienen los inmigrantes en el mercado de trabajo nativo» (Borjas, 1991: 10).

En última instancia, parece que el problema de la sustitución es un problema empírico que no se resuelve con cuatro datos puramente intuitivos.

Bibliografía

- BAILEY, T. (1987), *Immigrants and Natives, Contrasts and Competition*, Westview Press, Boulder.
- BORJAS, G. (1988), *International Differences in the Labor Market Performances of Immigrants*, Upjohn Institute for Employment Research, Kalamazoo, Michigan.
- BORJAS, G. (1991), *The impact of Immigrants on The Employment Opportunities of Natives* OECD París.
- BRINLEY, T. (1973), *Migration and Economic Growth*, Cambridge University.
- BÜLLINGER, S. y HUBER, P. (1974), *Ausländerbeschäftigung aus Unternehmenssicht*, Institut Für Angewandte Wirtschaftsforschung, Tübingen.
- BUSSERY, H. (1976), *Incidence sur L'Economie Francaise d'une Reduction Durable de la main D'oeuvre Immigree*, *Economic et Statistique*, 76.
- BUSTAMANTE, J. (1990), *Undocumented Migration From Mexico to the United States: Preliminary Findings of the Zapata Canyon Project*, en F.D. Bean, B. Edmonston, J.S. Passel eds *Undocumented Migration to the United States, IRCA and the Experience of the 1980s*. Rand Corporation, Santa Monica.
- CONLINSON, S. (1993), *Europe and International Migration*, Pinter, London.
- CHISWICK, B. y CHISWICK, C. (1985), *Are Immigrants and natives Perfect Substitutes in Production*, *International Migration Review*, XIX, 4.
- DEBRE, R. y SAUVY, A. (1946), *Les Français pour La France, Le Probleme de la Population*, Gallimard, París.
- Documents relatifs a la Premiere Session du Conseil du Plan 16-19 (Mars 1946), Imprimerie nationale, París, 1946.
- DOHSE, K. (1981), *Ausländische Arbeiter und Bürgerlicher Staat: Genese und Funktion von Staatlicher Ausländer Politik und Ausländerrecht. Von Kaiserreich bis zum Bundesrepublik Deutschland*, A. Hain Königstein.
- DOWTY, A. (1987), *Closed Borders*, Yale University.
- FAWCETT, J. (1989), *Networks, Linkages and Migration Systems*, *International Migration Review* XXIII, 3.
- GALLISOT, R. (1989), *Perspective Historique: Historie Sociales, Historie Urbaine, Histoire Nationale, Colloque Rennes, 2. Mimeo*.
- GERSHENKRON, A. (1943), *Bread and Democracy in Germany*, University of California, Berkeley.
- HAMMAR, T. (1985), *European Migration Policy*, Cambridge University.
- HERBERT, U. (1986), *Geschichte der Ausländerbeschäftigung in Deutschland 1880 Bis 1980*, Dietz, Berlin.
- HOLLIFIELD, J. (1992), *Immigrants markets and states*. Harvard University.
- KINDLEBERGER, Ch. (1967), *Europe's Postwar Growth*, Harvard University.
- KORTE, H. (1987), *Guestworker Question or Immigration Issue? Social Sciences and Public debate in the federal Republic of germany* en K. Bade (ed)

- Population, Labor and Migration in 19 and 20 century Germany, Berg, Hamburg.
- LEWIS, A. (1954), *Economic Development With Unlimited Supplies of Labor* the Manchester school of Economic and Social Studies.
- LINK, J. (1984), *Asylantenflut Belastungsgrenze Staubsaugerwirkung. Ausländer Im Medienalltag, Documentation Zum Kongress Wissenschaftler Gegen Ausländerfeind.* Lichket. Marburg.
- MARTIN, P.L. y MILLER, M.J. (1980), *Guestworkers: Lessons From Western Europe*, *Industrial and Labor Relations Review*, 33, 3.
- MARX, K. (1967-1972), *Theories of Surplus Value*, Lawrence and Wishart, London.
- NOIRIEL, G. (1984), *Longwy, Immigrés et Proletaires*, PUF, Paris.
- NOIRIEL, G. (1986), *Ouvriers dans La Société Française, XIV-XXe siècles*, Seuil, Paris.
- NOIRIEL, G. (1987), *Le Creuset Français*, Seuil, Paris.
- Ochel, W. y Vogler, K. (1992): *International Migration: A New Challenge for the Industrialised Countries*, Tokio Club Foundation For Global Studies. Tokio.
- OGDEN, P.E. (1991), *Immigration to France Since 1945: Myth and Reality, Ethnic, and Racial Studies*, 13, 3.
- PAGE MOCH, I. (1992), *Moving Europeans*, Indiana University.
- PENNINX, R. (1986), *International Migration in Western Europe Since 1973: Developments, Mechanisms and Controls*, *International Migration Review*, XX.
- PICCHIO, A. (1992), *Social Reproduction: The Political Economy the Labour Market*, Cambridge University.
- PIORE, M. (1980), *Economic Fluctuation, Job Security, and Labour Market Duality, Politics and Society*.
- POITRINEAU, A. (1985), *Les espagnols de l'auvergne et du limousin XVIII-XIX Siècles*, Malroux-Mazel, Aurillac.
- POLANYI, K. (1957), *The Great Transformation*, Beacon, Boston.
- PORTES, A. (1990), *Immigrant America*. University of California, Berkeley.
- SASSEN-KOOB, S. (1984), *Direct Foreign Investment: A Migration Push-Factor*, *Environment and Planning C* 2.
- SASSEN, S. (1988), *The Mobility of Labor and Capital*, Cambridge University.
- SCHATZ, K. W. (1974), *Wachstum und Strukturwandel der Westdeutschen Wirtschaft im Internationalen Verbund, Analysen und Prognosen*, J. CB Mohr, Tübingen.
- STENGERS, J. (1983), *Les Migrations Internationales de la Fin du XVIII Siècle a nos jours*, CNRS Paris.
- TEITELBAUM, M.S. y WINTER, J.M. (1985), *Fear of Population Decline*, Academic Press Orlando.

- THERBORN, G. (1987), Migration and Western Europe: The old World Turning New, *Science*, 237.
- TILLY, Ch. (1978), Migration in modern european history, en McNeill, W. y Adams, R. (eds), *Human Migration*. Indiana University.
- VERBUNT, G. (1985), France en T. Hammar ed *European Immigration Policy. A comparative Study*, Cambridge University.
- WALKER, M. (1964), *Germany and the Emigration*, Harvard University.
- WEINER, M. (1987), International Emigration and the Third World en W. Alonso (ed) *Population in an Interacting World*, Harvard University.
- WIHTOL DE WENDEN, C. (1991), Immigration policy and the Issue of nationality, *Ethnic and Racial Studies*, 14, 3.